

El semental de Ipford

'Todo Wilt' reúne las cinco novelas que Tom Sharpe dedicó a su personaje más conocido, "uno de esos ingleses blandos, cobardes y degenerados"

nes de llegar a ministro se esfuman al poco de conocerle. La peor parte se la lleva Flint, el policía, cuya pobreza de espíritu supera a la del propio Wilt y para quien la sola mención del nombre de nuestro protagonista "evocaba el caos, una especie de fatalidad cósmica contra la cual no había protección alguna".

Un tonto bienintencionado, "uno de esos ingleses blandos, cobardes y degenerados, dominados por sus estúpidas mujeres" que no puede evitar meterse en líos tremendos. Digamos que la suya es una cotidianidad complicada, compuesta de rutinas como que Eva lo sorprenda atascado en una muñeca hinchable

sus colegas y las barrabasadas de las cuatrillizas (a menudo descritas como "esas diabólicas criaturas").

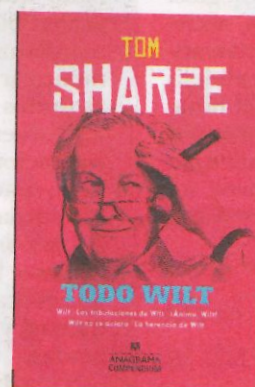
No nos extraña, por tanto, que alumbre pensamientos "negros y misteriosos que tenían que ver con extrañas fantasías violentas, con insatisfacciones solo en parte relacionadas con su trabajo". Viéndolo así, perpetuamente desquiciado y superado por los acontecimientos, no podemos sino ponernos de su parte. Pasar por alto sus desparrrames, los tics xenófobos, sexistas, homófobos y hasta gordófobos que hoy se consideran rechazables.

Sin ir más lejos, cuando lo conocemos está fantaseando con la idea de cargarse a su mujer: "De acuerdo, Eva era una vaca idiota que le hacía la vida imposible, riñéndole continuamente y entregándose al misticismo oriental con un entusiasmo frenético, calculado para sacar de quicio al más sobrio de los maridos; pero, ¿por qué aquella obsesión suya con el asesinato? ¿Por qué aquella necesidad de demostrar su virilidad con la violencia? ¿De dónde procedía todo aquello?"

Tom Sharpe, como se ve, ya era políticamente incorrecto hace medio siglo. También muy divertido. Como ahora. Y uno, que encuentra en su cinismo, en su irónica misoginia, un matiz amargo y desencantado, una falta de fe en el ser humano más resignada que trágica, más filosófica que desesperada, se pregunta si sus novelas hubieran pasado el filtro en nuestra absurda era *woke*. La primera entrega de la serie, de 1976, fue un



Tom Sharpe ya era políticamente incorrecto en los 70. Y muy divertido. Como ahora



éxito instantáneo y garantizó la vigencia de su protagonista. Desde entonces, Wilt se ha convertido en uno de esos *long sellers* que enorgullecen de un modo especial a Jorge Herralde, su editor de siempre en Anagrama.

La magnitud de la tragedia

El autor maneja un estilo irreverente y vitriólico, con abundancia de chistes escatológicos y una marcada obsesión por la pornografía y el sexo, en especial por ciertas variedades fetichistas y otros "esparcimientos extranjerizantes". Casi todos los gags tienen más que ver con la procacidad que con la sofisticación y giran alrededor de las partes íntimas de Wilt, que durante mil páginas se ven sometidas a regulares maltratos: despellejamiento, inflamaciones, torsiones, magulladuras y un espectacular episodio de priapismo provocado por el efecto euforizante de un potente afrodisíaco suministrado a traición.

Sharpe pone su inventiva al servicio del estrambote, la parodia, la exageración, pero ni por un momento deja de ser un gran escritor. Claro que no siempre está igual de inspirado, y que hay algo en la larga peripecia de Wilt que acaba volviéndose repetitivo, pero jamás descuida la trama, imprime a la acción un ritmo vertiginoso y consigue mantener la tensión, ese clima de inminencia, de que algo va a pasar, algo que socavará un poco más la maltrecha dignidad del protagonista.

La aparición de un único volumen con las cinco novelas que dedicó a su personaje más querido nos permite comprobar qué tal ha envejecido este clásico del humor inglés. Enterarnos de cómo acabaron para él las cosas, y volver a reírnos a carcajadas recordando los despropósitos que hacen de su vida una imparable zapatista.



Recordamos a Henry Wilt como uno de los personajes más calamitosos de la literatura humorística inglesa. Un "hombrecillo insignificante para quien la vida era una sucesión de humillaciones", frustrado en su matrimonio, en su trabajo, en su paternidad y en casi todos los ámbitos que oculta, bajo la apariencia de inofensivo profesor, a un plusmarquista de la torpeza. Un idiota recalcitrante cuya capacidad para liarla parda se nos antoja insuperable.

Su predisposición para la catástrofe y la frecuencia con la que acaba envuelto en los enredos más vergonzantes hacen de él un individuo con un alto potencial nocivo. Digamos que todo lo que toca se enmaraña de un modo imprevisible. Víctima de las circunstancias pero sobre todo de sí mismo, más que tóxico es radiactivo para quienes tienen la mala suerte de cruzarse con él. Su familia política, por ejemplo, o el personal de la Escuela Fenland de Artes y Oficios. Hasta un diputado, cuyas aspiracio-

ble o flirteando con una estudiante de intercambio que resulta ser el cerebro de un comando terrorista.

En un día medio soso, Wilt puede verse envuelto en un par de incidentes diplomáticos o tener helicópteros de la policía sobrevolando su casa. Explosiones, incendios, secuestros, acusaciones de narcotráfico, breves estancias en prisión... No hay eventualidad a la que no se haya enfrentado. Además, claro, de lidiar con los típicos desencuentros conyugales, el ninguneo de

Primer premio Ja!

En 2010, año de la primera edición del Festival, Tom Sharpe recibió el Premio Ja! La Risa de Bilbao. Durante la ceremonia de entrega, a la que el octogenario acudió en silla de ruedas, se le vio especialmente abrumado. Es la emoción, nos decíamos ante la reserva y los balbuceos del maestro, que se empeñaba en mostrarse poco comunicativo. "Tenía un pedo impresionante", apunta Juan Bas.

Al calor de los focos, la cosa mejoró un poco. Entre aplausos, Sharpe se plantó en mitad del escenario, despachó en un par de minutos el intento de entrevista y con ademán súbito y un brillo pícaro en la mirada alzó el trofeo (un mamotreto de más de veinte kilos) sobre su cabeza con una mano, como agarra Nadal la raqueta cuando celebra un tanto decisivo, ante la mirada atenta de los organizadores, que llegaron a temer por la integridad física del venerable y borrachísimo anciano.



Tom Sharpe (1928-2013) en Bilbao, escoltado por Gorka Martínez, Juan Bas y Jorge Herralde